

ECONOMÍA Y CONOCIMIENTO*

F. A. HAYEK

TRADUCCIÓN DE LUIS LUQUE SANTORO

I

La ambigüedad del título de este ensayo no es accidental. Su tema principal es desde luego el rol que los supuestos y las proposiciones acerca del conocimiento poseído por los diferentes miembros de la sociedad juegan en el análisis económico. Pero esto no está en absoluto desconectado de la otra cuestión que podría discutirse bajo el mismo título, la pregunta de hasta qué punto el análisis económico formal transmite algún conocimiento acerca de lo que sucede en el mundo real. De hecho mi principal aseveración será que las tautologías, de las cuales consiste esencialmente el análisis formal del equilibrio en economía, pueden convertirse en proposiciones que nos digan algo acerca de la causalidad en el mundo real sólo hasta el punto en el que seamos capaces de llenar esas proposiciones formales con enunciados definitivos acerca de cómo el conocimiento es adquirido y comunicado. Brevemente aseveraré que el elemento empírico en teoría económica —la única parte a la que le conciernen no sólo las implicaciones sino las causas y los efectos y que por lo tanto lleva a conclusiones que, en cualquier caso en principio, serían capaces de verificación¹— consiste en proposiciones acerca de la adquisición de conocimiento.

¹ (*) *Economics and Knowledge*. Discurso presidencial al London Economic Club, el 10 de noviembre de 1936. Publicado por primera vez en *Economica* (Febrero de 1937). Traducido por Luis Luque. Durante la traducción al castellano se decidió incluir las notas de pie de página contenidas en dos publicaciones distintas de este ensayo que se utilizaron como fuente. [a]: «The L.S.E. Essays on Cost», ed. J.M. Buchanan and G.F. Thirlby (New York University Press, 1981) y [b]: «Individualism and Economic Order» (The University of Chicago Press, 1980). Las notas que no indiquen otra cosa fueron incluidas como se presentan en ambas publicaciones.

Tal vez debería comenzar recordándoles el interesante hecho de que en un buen número de intentos recientes hechos en diferentes campos para impulsar la investigación teórica más allá de los límites del análisis del equilibrio tradicional, la respuesta pronto ha probado dirigirse a los supuestos que hacemos con respecto a un punto que, sino idéntica al mío, es al menos parte de él, a saber, la cuestión de la predicción. Pienso que el campo en el que, como uno esperaría, se atrajo por primera vez una amplia atención sobre los supuestos concernientes a la predicción, fue la teoría del riesgo². El incentivo que fue ejercido en esta conexión por el trabajo del Profesor F. H. Knight podría probar tener una profunda influencia más allá de su especial campo. No mucho después los supuestos asumidos acerca de la predicción probaron ser de fundamental importancia para la solución de los rompecabezas en la teoría de la competencia imperfecta, las cuestiones de los duopolios y oligopolios. Y desde entonces se ha vuelto más y más obvio que en el tratamiento de las cuestiones más «dinámicas», como el dinero y las fluctuaciones industriales, los supuestos asumidos acerca de la predicción y de las «anticipaciones» juegan un rol igualmente central, y que en particular los conceptos que fueron asumidos en estos campos desde el análisis del equilibrio puro, como aquellos de una tasa de interés de equilibrio, podrían ser apropiadamente definidos sólo en términos de supuestos concernientes a la predicción. La situación aquí parece ser que antes de que podamos explicar por qué las personas cometen errores, primero debemos explicar por qué es que deberían alguna vez estar en lo correcto.

En general parece que hemos llegado a un punto en el que todos nos percatamos de que el mismo concepto de equilibrio puede hacerse definitivo y claro sólo en términos de supuestos concernientes a la predicción, a pesar de que tal vez no estemos de acuerdo exactamente en cuáles sean estos supuestos. Esta cuestión me ocupará más adelante en este ensayo. En este momento sólo estoy pre-

O más bien falsación. Cf. K. Popper, *Logik der Forschung*, (Vienna 1935), pássim.

² Una inspección más completa de los procesos por los cuales la importancia de las anticipaciones fue gradualmente introducida en el análisis económico probablemente tendría que comenzar con *Appreciation and Interest* (1896) del Profesor Irving Fisher.

ocupado por mostrar que en la presente coyuntura, así queramos definir los límites de la economía estática o que queramos ir más allá de estos, no podemos escapar del molesto problema de cuál es la posición exacta que tienen en nuestro razonamiento los supuestos acerca de la predicción ¿Puede ser esto un simple accidente?

Como ya he sugerido, la razón para esto me parece que es que tenemos que lidiar aquí sólo con un aspecto especial de una cuestión mucho más amplia que debimos haber enfrentado mucho más temprano. Cuestiones esencialmente similares a aquellas mencionadas, de hecho surgen tan pronto como cuando tratamos de aplicar el sistema de tautologías —aquella serie de proposiciones que son necesariamente ciertas porque son simples transformaciones de los supuestos desde los que partimos y que constituyen el contenido principal del análisis del equilibrio³— a la situación de una sociedad que consta de varias personas independientes. He tenido la sensación desde hace tiempo que el propio concepto de equilibrio y los métodos que empleamos en el análisis puro, tienen un claro significado sólo cuando se confinan al análisis de la acción de un único individuo y que realmente estamos pasando a una esfera diferente e introduciendo silenciosamente un nuevo elemento de naturaleza totalmente distinta cuando lo aplicamos a la explicación de las interacciones entre cierto número de individuos distintos.

Estoy seguro de que hay muchos que consideran con impaciencia y desconfianza a aquella tendencia, que es inherente en todos

³ Quisiera aclarar desde un principio que a lo largo de este artículo utilizo la expresión «análisis del equilibrio» en el sentido más estrecho que es equivalente al enfoque «funcional» (distinguido del «genético-causal») bautizado así por el Profesor Hans Mayer y la que solía describirse vagamente como la «escuela matemática». Es alrededor de este enfoque que han girado la mayoría de las discusiones de los últimos diez o quince años. Es cierto que el Profesor Mayer nos ha ofrecido la posibilidad de otro enfoque, el genético-causal, pero difícilmente pueda negarse que esto sigue siendo en gran medida una promesa. Debería sin embargo mencionarse aquí que algunas de las sugerencias más estimulantes en problemas estrechamente relacionados a los aquí tratados han provenido de este círculo. Cf., H. Mayer, «Der Erkenntniswert der funktionellen Preistheorien», *Die Wirtschaftstheorie der Gegenwart*, 2 (1931); P. N. Rosenstein-Rodan, «Das Zeitmoment in der mathematischen Theorie des wirtschaftlichen Gleichgewichts», *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 1, Nro. 1, y «The role of Time in Economic Theory», *Economica N.S.*, 1 (1), (1934). *NdeIT*: Nota incluida sólo en [a].

los análisis del equilibrio modernos, de convertir a la economía en una rama de la lógica pura, un conjunto de proposiciones autoevidentes que, como en las matemáticas o la geometría, no están sujetas a ninguna otra prueba más allá de la consistencia interna. Pero parece que, sólo si este proceso es llevado lo suficientemente lejos, puede traer consigo su propio remedio. Al destilar de nuestros razonamientos sobre los hechos de la vida económica aquellas partes que son verdaderamente a priori, no sólo aislamos un elemento de nuestro razonamiento como una especie de Lógica Pura de la Elección en toda su pureza, sino que también aislamos y hacemos énfasis en la importancia de otro elemento que ha sido bastante descuidado. Mi crítica de las recientes tendencias de hacer la teoría económica más y más formal no es que hayan ido muy lejos, sino que no la han llevado lo suficientemente lejos como para completar el aislamiento de esta rama de la lógica y para devolver a la investigación de los procesos causales a su merecido lugar, usando la teoría económica formal como una herramienta en la misma forma que las matemáticas.

II

Pero antes de poder probar mi aseveración de que las proposiciones tautológicas del análisis del equilibrio puro como tales no son directamente aplicables a la explicación de las relaciones sociales, primero debo mostrar que el concepto de equilibrio *tiene* un claro significado al ser aplicado a las acciones de un único individuo y cuál es este significado. En contra de mi aseveración puede ser argumentado que es precisamente aquí que el concepto de equilibrio no tiene significación alguna, porque si quisiera aplicarse, todo lo que podría decirse es que una persona aislada siempre estaría en equilibrio. Pero este último enunciado, aunque una perogrullada, no muestra sino la forma en la que el concepto de equilibrio es usado típicamente de forma incorrecta. Lo que es relevante no es si una persona está en equilibrio o no, sino que sus acciones estén en relación de equilibrio entre ellas. Todas las proposiciones del análisis del equilibrio, como las proposiciones de que los precios relativos corresponderán a los costes relativos, o que una persona igualará los retornos margi-

nales de cualquier factor en sus distintos usos, son proposiciones acerca de relaciones entre acciones. Puede decirse que las acciones de una persona están en equilibrio en tanto que pueden ser entendidas como parte de un plan. Sólo si es este el caso, solamente si todas estas acciones han sido decididas en un único instante y considerando un mismo conjunto de circunstancias, es que nuestros enunciados acerca de sus interconexiones, los cuales los deducimos de nuestros supuestos sobre el conocimiento y las preferencias de una persona, tienen aplicación alguna. Es importante recordar que estos llamados «datos», desde los que partimos en este tipo de análisis, son (aparte de sus gustos) todos los hechos dados a la persona en cuestión, las cosas según él sabe (o cree) que existen y en ningún caso en un sentido de hechos objetivos. Es sólo por esto que las proposiciones que deducimos son necesariamente válidas *a priori* y que preservamos la consistencia del argumento.⁴

Las dos conclusiones principales de estas consideraciones son, *primero*, que ya que existen relaciones de equilibrio entre las acciones sucesivas de una persona sólo en tanto que sean parte de la ejecución del mismo plan, cualquier cambio en el conocimiento relevante de la persona, esto es, cualquier cambio que lo lleve a alterar su plan, perturba la relación de equilibrio entre las acciones ejecutadas anteriores al cambio en su conocimiento y a las posteriores a esto. En otras palabras, la relación de equilibrio abarca sólo aquellas acciones durante el período en el que sus anticipaciones probaron ser correctas. *Segundo*, que ya que el equilibrio es una relación entre acciones y ya que las acciones de una persona deben tener lugar de forma sucesiva en el tiempo, es obvio que el paso del tiempo es esencial para dar al concepto de equilibrio cualquier significado. Esto merece mencionarse puesto que muchos economistas parecen haber sido incapaces de encontrar un lugar para el tiempo en los análisis del equilibrio y en consecuencia han sugerido que el equilibrio sea concebido como atemporal. Me parece que esta es una declaración sin sentido.

⁴ Cf., en este punto particular L. Mises, *Grundprobleme der Nationalökonomie* (Jena 1933), págs. 22 ss., 160 ss.

III

Ahora, a pesar de lo que he dicho antes acerca del dudoso significado del análisis del equilibrio en este sentido si se aplica a las condiciones de una sociedad competitiva, por supuesto no quiero negar que el concepto fue originalmente introducido precisamente para describir la idea de algún tipo de balance entre las acciones de diferentes individuos. Todo lo que he argumentado hasta ahora es que el sentido en el que usamos el concepto de equilibrio para describir la interdependencia de las diferentes acciones de una persona, no admite inmediatamente su aplicación a las relaciones entre acciones de diferentes personas. La cuestión es realmente el uso que le damos cuando hablamos del equilibrio refiriéndonos a un sistema competitivo.

La primera respuesta que parecería seguir a nuestro enfoque es que el equilibrio en este caso existe si las acciones de todos los miembros de la sociedad sobre un período de tiempo son todas ejecuciones de sus respectivos planes individuales, sobre los que cada quien decidió al principio del período. Sin embargo cuando nos preguntamos qué implica esto exactamente, parece que la respuesta levanta más dificultades que las que esclarece. No hay especial dificultad acerca del concepto de una persona aislada (o un grupo de personas dirigido por una sola de ellas) actuando sobre un período de tiempo de acuerdo a un plan preconcebido. En este caso la ejecución del plan no necesita satisfacer ningún criterio especial para que su ejecución sea concebible. Puede por supuesto estar basado en supuestos incorrectos en cuanto a los hechos externos y a este respecto puede tener que ser cambiado. Pero siempre habrá un conjunto concebible de eventos externos que podrían hacer posible que el plan se ejecute como fue originalmente concebido.

La situación es sin embargo diferente con los planes siendo determinados de forma simultánea pero independientemente por un cierto número de personas. En un primer caso, para que todos estos planes puedan llevarse a cabo, es necesario que estén basados en la expectativa de un mismo conjunto de eventos externos, ya que, si personas diferentes fueran a basar sus planes en expectativas conflictivas, ningún conjunto de eventos externos podrían ha-

cer posible la ejecución de todos estos planes. En segundo caso, en una sociedad basada en el intercambio, dichos planes se referirían en una extensión considerable a acciones que requieren acciones correspondientes de parte de los otros individuos. Esto significa que los planes de diferentes individuos deben ser compatibles en un sentido especial si va a ser incluso concebible que puedan ser llevados a cabo todos ellos.⁵ O para ponerlo de otra forma, ya que una parte de los «datos» en los que cualquiera de las personas basa sus planes será la expectativa de que otras personas actúen en una forma particular, es esencial para la compatibilidad de los diferentes planes que los planes de los unos contengan exactamente aquellas acciones que formarán los datos para los planes de los otros.

En el tratamiento tradicional del análisis del equilibrio parte de esta dificultad es aparentemente evitada por la suposición de que los datos, en la forma de tablas de demanda representando los gustos individuales y los hechos técnicos, serán dados de forma idéntica a todos los individuos y que su actuación bajo las mismas premisas determinará de alguna forma que sus planes se adapten unos a otros. Que esto no supera realmente la dificultad creada por el hecho de que las acciones de una persona son los datos de otra persona y que esto implica en cierto grado un razonamiento circular, ha sido señalado muchas veces. Lo que sin embargo parece haber escapado de nuestra atención es que todo este procedimiento implica una confusión de una naturaleza mucho más general, de la cual el punto antes mencionado es tan solo un ejemplo particular y

⁵ Desde hace mucho me ha maravillado por qué no ha habido, hasta donde sé, ningún intento sistemático en sociología para analizar las relaciones sociales en términos de correspondencia y no-correspondencia, o compatibilidad y no-compatibilidad, de los fines y deseos de los individuos. *NdelT*: En [a] se incluye además el siguiente comentario: «Me parece que la técnica matemática de *analysis situs* (topología) y particularmente conceptos desarrollados por ella tales como el homeomorfismo podrían probar ser muy útiles en esta conexión, aunque pueda parecer dudoso incluso hasta si esta técnica, en cualquier caso en el actual estado de su desarrollo, es adecuada a la complejidad de las estructuras con las que tenemos que tratar. Un primer intento hecho recientemente en esta dirección por un eminente matemático (Karl Menger, *Moral, Wills und Weltgestaltung*, [Viena 1934]) aún no ha llevado a resultados muy esclarecedores. Pero podemos esperar con interés el tratado en teoría sociológica exacta que el Profesor Menger ha prometido para un futuro cercano. (Cf., “Einige neuere Fortschritte in der exakten Behandlung sozialwissenschaftlicher Probleme”, in *Neuere Fortschritte in den exakten Wissenschaften* (Viena 1936), p. 132.)».

que se debe a una equivocación en el término «dato». Los datos que ahora se supone que son hechos objetivos y los mismos para todas las personas, evidentemente no son ya más la misma cosa que los datos que formaron el punto inicial de las transformaciones tautológicas de la Lógica Pura de la Elección. Ahí «datos» significaba todos los hechos y sólo los hechos, que estaban presentes en la mente de la persona que actúa y sólo esta interpretación subjetiva del término dato hacía de estas proposiciones verdades necesarias. «Dato» significaba dado, conocido por la persona en consideración. Pero en la transición desde el análisis de la acción de un individuo al análisis de la situación en una sociedad el concepto ha sufrido un insidioso cambio de significado.

IV

La confusión acerca del concepto de dato está en el fondo de tantas de nuestras dificultades en este campo que es necesario considerarla en algo más de detalle. Dato significa por supuesto algo dado, pero la cuestión que es dejada abierta y que en las ciencias sociales es capaz de dos respuestas diferentes, es *a quién* se suponen dados los hechos. Los economistas parecen haber estado siempre algo inquietos subconscientemente acerca de este punto y haberse tranquilizado a sí mismos contra la sensación de que no saben exactamente a quién fueron dados los hechos, al resaltar el hecho de que *fueron* dados —incluso al usar la redundante expresión «datos dados». Pero esto no resuelve la cuestión de si los hechos referidos se suponen dados al economista o a las personas cuyas acciones éste quiere explicar y si este fuera el caso, si se asume que los mismos hechos son conocidos por todas las distintas personas en el sistema o si los «datos» para las distintas personas pueden ser diferentes. No parece haber duda posible de que estos dos conceptos de «datos», por una parte en el sentido de hechos objetivos reales, como el observador economista se supone que los conoce, y por otra parte en el sentido subjetivo, como cosas conocidas por las personas cuyo comportamiento tratamos de explicar, son real y fundamentalmente diferentes y deben ser mantenidas separadas de forma cuidadosa. Y, como veremos, la cuestión de por qué los datos en el

sentido subjetivo del término vendrían a corresponder alguna vez a los datos objetivos, es uno de los principales problemas a los que tenemos que dar respuesta.

La utilidad de la distinción se hace aparente de forma inmediata cuando la aplicamos a la cuestión de lo que podemos querer decir con el concepto de que una sociedad esté en algún momento en un estado de equilibrio. Evidentemente hay dos sentidos en los que puede decirse que los datos subjetivos, dados a las diferentes personas, y sus planes individuales, que necesariamente se siguen de ellos, estén en concordancia. Podemos simplemente querer decir que estos planes son mutuamente compatibles y que en consecuencia existe un conjunto concebible de eventos externos que permitirán a todas las personas llevar a cabo sus planes sin causar ninguna decepción. Si esta compatibilidad mutua de intenciones no está dada y en consecuencia ningún conjunto de eventos externos puede satisfacer a todas las expectativas, podríamos decir claramente que este no es un estado de equilibrio. Tenemos una situación en la que es inevitable la revisión de sus planes de al menos una parte de las personas, o, para usar una frase que en el pasado ha tenido un significado más bien vago, pero que parece venir al caso perfectamente, en la que perturbaciones endógenas son inevitables.

Queda sin embargo la otra cuestión de si los conjuntos subjetivos de datos corresponden a los datos objetivos y si en consecuencia las expectativas sobre las cuales se basan los planes son corroboradas por los hechos. Si la correspondencia entre los datos en este sentido fuera requerida para el equilibrio nunca sería posible decidir de otra forma que retrospectivamente, al final del período para el que las personas han planeado, si al principio la sociedad estaba en equilibrio. Parece estar más en conformidad con el uso establecido decir en esos casos que el equilibrio, como se definió en el primer sentido, puede ser perturbado por una imprevista evolución de los datos (objetivos), y describir esto como una perturbación exógena. De hecho parece poco posible atribuir algún significado definitivo al muy usado concepto de cambio en los datos (objetivos) a menos que distingamos entre evoluciones externas en conformidad con, y aquellas diferentes de, las expectativas generales; y definir como «cambio» cualquier divergencia entre la evolu-

ción real y la evolución anticipada, independientemente de si representa un «cambio» en algún sentido absoluto. Si, por ejemplo, la alternancia de las estaciones se interrumpiera repentinamente y el clima permaneciera constante desde un cierto día en adelante, esto ciertamente representaría un cambio de los datos en nuestro sentido, que es, un cambio con respecto a las expectativas, aunque en un sentido absoluto no representase un cambio sino la ausencia de cambio. Pero todo esto significa que podemos hablar de cambio en los datos sólo si el equilibrio en el primer sentido existe, esto es, si las expectativas coinciden. Si están en conflicto, cualquier evolución en los hechos externos podría confirmar las expectativas de algunos y decepcionar a los demás y no habría forma de decidir qué fue un cambio en los datos objetivos.⁶

V

Para una sociedad *podemos* entonces hablar de un *estado* de equilibrio en un instante —pero significa sólo que existe compatibilidad mutua entre los diferentes planes que los individuos han compuesto para la acción en el tiempo. Y el equilibrio continuará, una vez que exista, mientras los datos externos correspondan a las expectativas comunes de todos los miembros de la sociedad. La continuación de un estado de equilibrio en este sentido no es dependiente de que los datos externos sean constantes en un sentido absoluto y por lo tanto no está necesariamente confinado a un proceso estacionario. El análisis del equilibrio viene a ser en principio aplicable a una sociedad progresiva y a aquellas relaciones de precios intertemporales que nos han dado tantos problemas en tiempos recientes.⁷

⁶ Cf. «The Maintenance of Capital», *Economica* N.S., 2 (1935), p. 265, publicado nuevamente en «Profits, Interest and Investment» (Londres, 1939)

⁷ Esta separación del concepto de equilibrio de un proceso estacionario no me parece más que el resultado necesario de un proceso que lleva ya bastante tiempo. Que la asociación de estos dos conceptos no sea esencial sino que se deba a razones históricas es hoy probablemente el sentimiento general. Si no se ha efectuado aún una separación completa, aparentemente es sólo porque no se ha sugerido todavía una definición alternativa del estado de equilibrio que exprese de forma general aquellas

Estas consideraciones parecen arrojar luces de forma considerable a la relación entre equilibrio y predicción, algo que ha sido debatido acaloradamente en tiempos recientes.⁸ Parece que el concepto de equilibrio simplemente significa que las predicciones de los diferentes miembros de la sociedad son correctas en un sentido especial. Deben ser correctas en el sentido de que el plan de cada persona se base en las expectativas de tan solo aquellas acciones de otras personas que estas personas intentan ejecutar y que todos esos planes estén basados en la expectativa de un mismo conjunto de hechos externos, de manera que bajo ciertas condiciones nadie tendría razón alguna para cambiar sus planes. Una correcta predicción no es entonces, como ha sido a veces entendida, una precondition que debe existir para que se pueda llegar al equilibrio. Es más bien la característica definitoria de un estado de equilibrio. Para este propósito no es necesario que la predicción sea perfecta en el sentido de que necesite extenderse indefinidamente en el futuro, o que todo el mundo deba predecir absolutamente todo correctamente. En cambio, deberíamos decir que el equilibrio durará mientras las anticipaciones prueben ser correctas y que estas necesitan ser correctas sólo en aquellos puntos que sean relevantes para las decisiones de los individuos. Pero

proposiciones del análisis del equilibrio que son esencialmente independientes del concepto de estado estacionario. Sin embargo es evidente que la mayoría de las proposiciones del análisis del equilibrio no se supone que sean sólo aplicables en un estado estacionario que probablemente nunca se alcanzará. El proceso de separación parece haber comenzado con Marshall y su distinción entre los equilibrios de corto y largo plazo. (Cf. Afirmaciones como esta: «For the nature of equilibrium itself, and that of the causes by which it is determined, depend on the length of the period over which the market is taken to extend». *Principles*, 7ma ed., 1, 6, p. 330.) La idea de que un estado de equilibrio que no fuera un estado estacionario era ya inherente en mi artículo «Das intertemporale Gleichgewichtssystem der Preise und die Bewegungen des Geldwerts» (*Weltwirtschaftliches Archiv*, 28 [1928]) y es por supuesto esencial si queremos utilizar el instrumental del equilibrio para la explicación de cualquiera de los fenómenos conectados con la «inversión». Sobre toda esta materia se puede encontrar mucha información histórica en E. Schams, «Komparative Statistik», *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 2, Nro. 1 (1930). *NdelIT*: En [b] se incluye a esta nota el siguiente comentario: «Ver también de F. H. Knight "The Ethics of Competition" (Londres, 1935) págs. 175 ss.; para un mayor desarrollo de estos temas desde la primera publicación de este ensayo, revisar de este autor "Pure Theory of Capital" (Londres, 1941) capítulo ii».

⁸ Cf. Particularmente O. Morgenstern, «Vollkommene Voraussicht und Wirtschaftliches Gleichgewicht», *Zeitschrift für Nationalökonomie* (1934), 6, p. 3.

sobre esta cuestión de qué es predicción o conocimiento relevante nos detendremos más adelante.

Antes de continuar probablemente debería detenerme por un momento para ilustrar con un ejemplo concreto lo que acabo de decir acerca del significado de un estado de equilibrio y de cómo este puede ser perturbado. Consideremos las preparaciones que sucederían en cualquier momento para la producción de casas. Ladrilleros, plomeros y otros estarán todos produciendo materiales que en cada caso corresponderán a cierta cantidad de casas para las que justo esta cantidad del particular material será requerido. De forma similar podemos imaginar a los futuros compradores acumulando ahorros los cuales les permitirán en ciertas fechas comprar unas cantidades definidas de casas. Si todas estas actividades representan preparaciones para la producción (y adquisición) de la misma cantidad de casas podemos decir que hay equilibrio entre ellas en el sentido de que todas las personas comprometidas podrán encontrarse con que pueden llevar a cabo sus planes.⁹ Esto no necesariamente debe ser así, ya que otras circunstancias que no son parte de sus planes de acción pueden terminar siendo diferentes de lo que esperaban. Parte de los materiales pueden destruirse por un accidente, las condiciones climáticas pueden hacer imposible la construcción, o un invento puede alterar las proporciones en las que los diferentes factores son requeridos. Esto es lo que llamaríamos un cambio en los datos (externos), lo que perturbaría el equilibrio que ha existido. Pero si los diferentes planes hubieran sido desde el principio in-

⁹ Otro ejemplo de mayor importancia general sería por supuesto la correspondencia entre «inversión» y «ahorro» en el sentido de la proporción (en términos de coste relativo) en la cual los empresarios proveen bienes de producción y bienes de consumo para una fecha particular y la proporción en que los consumidores en general distribuirán en esa fecha sus recursos entre bienes de producción y bienes de consumo. (Cf. mis ensayos, «Profits, Interest and Investment» (Londres, 1939), págs. 135-56, y «The Maintenance of Capital», en el mismo volumen, págs. 83-134). Puede ser interesante mencionar en esta conexión en el curso de las investigaciones del mismo campo, que me llevaron a estas especulaciones, la teoría de las crisis, del gran sociólogo francés G. Tarde que apuntó a la «*contradiction des croyances*», «*contradiction de jugements*» o «*contradictions des espérances*» como la causa principal de estos fenómenos (*Psychologie économique* (Paris 1902) 2, págs. 129-8; Cf. también N. Pinkus, *Das Problem des Normalen in der Nationalökonomie* (Leipzig, 1906), págs. 252 y 275.

compatibles, es inevitable que los planes de alguien fueran frustrados y debieran ser cambiados y que en consecuencia todo el conjunto de acciones sobre el período no mostraría aquellas características que aplicarían si todas las acciones de cada individuo fueran interpretadas como parte de un único plan que este haya hecho desde un principio.¹⁰

VI

Cuando en todo esto enfatizo la diferencia entre mera incompatibilidad de los planes individuales¹¹ y la correspondencia entre ellos y los hechos externos reales o datos objetivos, por supuesto no quiero sugerir que el inter-acuerdo subjetivo no esté provocado de alguna forma por los datos externos. No habría razón por la que los datos subjetivos de distintas personas deban alguna vez corresponderse a menos que sean debidos a la experiencia de los mismos hechos objetivos. Pero el punto es que al análisis puro del equilibrio no le concierne la forma en que esta correspondencia se produce. En la descripción de un existente estado de equilibrio, el cual proporciona este análisis, simplemente es asumido que los datos subjetivos coinciden con los hechos objetivos. Las relaciones de equilibrio no pueden ser deducidas meramente desde los hechos objetivos, ya que el análisis de lo que harán las personas sólo puede comenzar desde aquello que es conocido por ellas. Ni tampoco

¹⁰ Es una cuestión interesante, pero que no puedo discutir aquí, si para que podamos hablar de equilibrio, cada uno de los individuos debe estar en lo correcto o si no sería suficiente si, como consecuencia de una compensación de errores en diferentes direcciones, las cantidades de las diferentes mercancías que llegan al mercado fueran las mismas que si todos los individuos hubiesen acertado. Me parece que un equilibrio en el estricto sentido requeriría satisfacer la primera condición, pero puedo concebir que un concepto más amplio, requiriendo sólo la segunda condición, podría ser útil ocasionalmente. Una discusión más completa sobre este problema tendría que considerar toda la cuestión del significado que algunos economistas (incluyendo a Pareto) atribuyen a la ley de los grandes números en esta conexión. Acerca de este tema en general ver P.N.Rosenstein-Rodan, «*The Coordination of the General Theories of Money and Price*», *Economica*, (Agosto 1936).

¹¹ O ya que en vista del carácter tautológico de la Lógica Pura de la Elección «los planes individuales» y los «datos subjetivos» pueden ser usados de manera intercambiable, entre la concordancia de los datos subjetivos de los diferentes individuos.

el análisis del equilibrio puede comenzar tan solo de un conjunto de datos subjetivos dado, ya que los datos subjetivos de diferentes personas serán compatibles o incompatibles, esto es, que ya determinarían si el equilibrio existía o no.

No conseguiremos mucho más aquí a menos que nos preguntemos las razones de nuestra preocupación con el reconocidamente ficticio estado de equilibrio. Sea lo que sea que es ocasionalmente dicho por economistas demasiado puros, parece no haber duda posible de que la única justificación para esto sea la supuesta existencia de una tendencia hacia el equilibrio. Es sólo con esta afirmación que la economía deja de ser un ejercicio de lógica pura y se convierte en una ciencia empírica; y es a la economía como una ciencia empírica hacia donde debemos volcar ahora nuestra atención.

A la luz de nuestro análisis acerca del significado de un estado de equilibrio, debería ser fácil decir cuál es el contenido real de la afirmación de que una tendencia hacia el equilibrio existe. Difícilmente puede significar algo más que, bajo ciertas condiciones, el conocimiento y las intenciones de los diferentes miembros de la sociedad se supone que se van poniendo cada vez más de acuerdo, o, para poner la misma cosa en términos menos generales y menos exactos pero más concretos, que las expectativas de las personas y particularmente de los empresarios se harán cada vez más correctas. En esta forma la afirmación de la existencia de una tendencia hacia el equilibrio es claramente una proposición empírica, esto es, una afirmación acerca de lo que sucede en el mundo real lo cual debería ser, al menos en principio, capaz de verificarse. Y otorga a nuestro algo abstracto enunciado un significado más plausible de sentido común. El único problema es que todavía estamos más o menos en la oscuridad acerca de: 1) las *condiciones* bajo las cuales se supone que existe esta tendencia; y 2) la naturaleza del *proceso* mediante el cual el conocimiento individual cambia.

VII

En las presentaciones típicas del análisis del equilibrio se hace generalmente aparentar como si estuvieran resueltas estas cues-

tiones de cómo surge el equilibrio. Pero si miramos más de cerca, pronto se hace evidente que estas demostraciones aparentes no llegan a algo más que a la prueba aparente de lo que ya se asumía.¹² El mecanismo que generalmente se adopta para este propósito es la suposición de un mercado perfecto donde cada evento es conocido inmediatamente por cada miembro. Es necesario recordar aquí que el mercado perfecto que es requerido para satisfacer los supuestos del análisis del equilibrio no debe ser confinado a los mercados particulares de cada una de las mercancías; sino que todo el sistema económico debe ser asumido como un mercado perfecto en el que todo el mundo conoce todo. El supuesto de un mercado perfecto significa nada menos que todos los miembros de la comunidad, aun sino se supone que sean estrictamente omniscientes, al menos se supone que conocen automáticamente todo aquello que es relevante para sus decisiones. Parece que el esqueleto en el armario, el «hombre económico», a quien hemos exorcizado con oración y ayuno, ha vuelto por la puerta trasera en la forma de un individuo cuasi-omnisciente.

La declaración de que si la gente sabe todo entonces se está en equilibrio, es verdadera simplemente porque así es como definimos el equilibrio. El supuesto de un mercado perfecto en este sentido es sólo otra forma de decir que el equilibrio existe, pero no nos deja más cerca de una explicación de cómo ni cuándo dicho estado surge. Está claro de que si queremos afirmar que bajo ciertas condiciones la gente se acercará a ese estado, debemos explicar a través de qué proceso adquirirán el conocimiento necesario. Desde luego cualquier supuesto acerca de la verdadera adquisición de conocimiento a lo largo de este proceso sería también de un carácter hipotético. Pero esto no significa que todos los supuestos estén igualmente justificados. Debemos lidiar aquí con supuestos acerca de la causalidad, de forma tal que lo que asumamos no sólo sea considerado como posible (lo cual ciertamente no es el caso si tan

¹² Esto parece admitirse implícitamente, aunque difícilmente se reconoce conscientemente, cuando en los últimos tiempos se enfatiza frecuentemente que el análisis del equilibrio sólo describe las condiciones del equilibrio sin intentar derivar la posición del equilibrio a partir de los datos. El análisis del equilibrio en este sentido sería por supuesto de lógica pura y no contendría ninguna afirmación acerca del mundo real.

solo consideramos a las personas como omniscientes) sino que también deba ser considerado como probable de ser cierto; y debe ser posible, al menos en principio, demostrar que sea cierto en casos particulares.

El punto esencial aquí es que son estas hipótesis aparentemente subsidiarias o supuestos de que las personas efectivamente aprenden de la experiencia y de cómo adquieren conocimiento, lo que constituye el contenido empírico de nuestras proposiciones acerca de lo que sucede en el mundo real. Usualmente aparecen camufladas e incompletas como una descripción del tipo de mercado al que nuestra proposición se refiere; pero este es sólo un aspecto, aunque tal vez el más importante, del problema más general de cómo el conocimiento es adquirido y comunicado. El punto importante del que los economistas frecuentemente no parecen estar conscientes es que la naturaleza de estas hipótesis es en muchos aspectos bastante diferente a la de los supuestos más generales desde los que la Lógica Pura de la Elección comienza. Las principales diferencias me parece que son dos.

Primero, los supuestos desde los que parte la Lógica Pura de la Elección son hechos que sabemos que son comunes a todo el pensamiento humano. Pueden ser considerados como axiomas que definen o delimitan el campo dentro del que somos capaces de comprender o mentalmente reconstruir los procesos de pensamiento de otras personas. Son por lo tanto universalmente aplicables al campo en el que estamos interesados —aunque por supuesto dónde están estos límites *in concreto* es una pregunta empírica. Se refieren a un tipo de acción humana (que comúnmente llamamos racional, o simplemente consciente, para distinguirla de la acción instintiva) más que a las condiciones particulares bajo las cuales esta acción es emprendida. Pero los supuestos o hipótesis, que tenemos que introducir cuando queremos explicar los procesos sociales, conciernen a la relación del pensamiento de un individuo con el mundo exterior, la cuestión de en qué medida y cómo su conocimiento corresponde a los hechos externos. Y las hipótesis deben necesariamente manejarse en términos de afirmaciones acerca de conexiones causales, sobre cómo la experiencia crea conocimiento.

Segundo, mientras que en el campo de la Lógica Pura de la Elección nuestro análisis puede ser exhaustivo, esto es, mientras poda-

mos desarrollar aquí un aparato formal que cubra todas las situaciones concebibles, las hipótesis suplementarias deben por necesidad ser selectivas, esto es, que debemos seleccionar de entre la variedad infinita de posibles situaciones aquellos tipos ideales que por alguna razón consideremos que son especialmente relevantes para las condiciones del mundo real.¹³ Por supuesto podríamos también desarrollar una ciencia separada, cuya materia esté *per definitionem* confinada a un «mercado perfecto» o algún otro objeto similarmente definido, justo como la Lógica de la Elección sólo aplica a personas que tienen que asignar medios limitados a una diversidad de fines. Para el campo así definido nuestras proposiciones volverían a ser ciertas *a priori*. Pero para dicho procedimiento careceríamos de la justificación que consiste en la suposición de que la situación en el mundo real es similar a aquella que suponemos que sea.

VIII

Ahora debo volver a la pregunta de cuáles son las hipótesis concretas concernientes a las condiciones bajo las cuales se supone que las personas adquieren el conocimiento relevante y el proceso por el que se supone que lo adquieren. Si fuera del todo claro cuáles son las hipótesis usualmente empleadas a este respecto, deberíamos escudriñarlas en dos aspectos: deberíamos investigar si serían necesarias y suficientes para explicar un movimiento hacia el equilibrio y deberíamos mostrar hasta qué punto serían confirmadas por la realidad. Pero me temo que estoy llegando a un punto en el que se vuelve sumamente difícil decir cuáles exactamente son los supuestos sobre la base de los cuales afirmamos que hay una

¹³ La distinción aquí trazada puede ayudar a resolver la vieja diferencia entre economistas y sociólogos acerca del rol que juegan los tipos ideales en el razonamiento de la teoría económica. Los sociólogos suelen enfatizar que el procedimiento usual de la teoría económica involucra el uso de tipos ideales particulares, mientras que el teórico de la economía señala que su razonamiento es de una generalidad tal que no necesita hacer uso de ningún tipo ideal. La verdad parece ser que dentro del campo de la Lógica Pura de la Elección, en la que los economistas están mayormente interesados, estos están en lo correcto, pero que tan pronto se quiera utilizarlo para la explicación de un proceso social tienen que usarse tipos ideales de una forma u otra.

tendencia hacia el equilibrio y proclamar que nuestro análisis tenga una aplicación en el mundo real¹⁴. No puedo pretender que haya llegado aún mucho más lejos en este punto. En consecuencia todo lo que puedo hacer es una serie de preguntas a las que debemos encontrar respuesta si queremos tener claro el significado de nuestro argumento.

La única condición, acerca de cuya necesidad para el establecimiento de un equilibrio los economistas parecen estar de acuerdo, es la «constancia de los datos». Pero luego de lo que hemos visto sobre la vaguedad del concepto de «datos» deberíamos sospechar, y correctamente, que esto no nos lleva mucho más lejos. Incluso si asumimos —como probablemente deberíamos— que aquí el término es utilizado en su sentido objetivo (que incluye, recordemos, las preferencias de los diferentes individuos) no está claro en lo absoluto que esta sea necesaria o suficiente para que las personas puedan realmente adquirir el conocimiento necesario, o que la intención haya sido presentarla como una declaración de las condiciones en que lo harían. Es bastante significativo que en cualquier caso algunos autores¹⁵ crean necesario añadir como una condición adicional separada la de «conocimiento perfecto». En efecto veremos que la constancia de los datos objetivos no es ni condición necesaria ni suficiente. Que no pueda ser una condición necesaria se sigue del hecho de que, en primer lugar, nadie querría interpretarlo en el sentido absoluto de que nada deba suceder jamás en el mundo y, en segundo lugar, como ya hemos visto, que tan pronto como quisiéramos incluir cambios que ocurran periódicamente o tal vez incluso cambios que sucedan a un ritmo constante, la única forma en la que podemos

¹⁴ Los antiguos economistas fueron a menudo más explícitos en este punto que sus sucesores. Por ejemplo Adam Smith («Wealth of Nations» ed. Cannan, I, 116): «In order, however, that this equality [of wages] may take place in the whole of their advantages or disadvantages, three things are required even when there is perfect freedom. First, the employment must be well known and long established in the neighborhood...»; o David Ricardo («Letters to Malthus», 22 de octubre de 1811, pág. 18): «It would be no answer to me to say that men were ignorant of the best and cheapest mode of conducting their business and paying their debts. Because that is a question of fact, not science, and might be argued against almost every proposition in Political Economy». *NdelT: Nota incluida sólo en [b]*.

¹⁵ Ver N. Kaldor, «A Classificatory Note on the Determinateness of Equilibrium», *Review of Economic Studies*, 1, Nro. 2, (1934), p. 123.

definir la constancia es en referencia a las expectativas. Todo a lo que esta condición equivale entonces es que debe haber alguna regularidad discernible en el mundo que haga posible predecir eventos de manera correcta. Pero mientras esto claramente no es suficiente para probar que las personas aprenderán a predecir eventos correctamente, lo mismo es cierto en un grado un poco menor sobre la constancia de los datos en un sentido absoluto. Para un individuo, la constancia de los datos no significa en absoluto una constancia de todos los hechos independientes de él mismo, ya que, por supuesto, sólo las preferencias y no las acciones de otras personas pueden ser asumidas en este sentido como constantes. Y como todas aquellas personas cambiarán sus decisiones en la medida en que ganen experiencia sobre los hechos externos y las acciones de otras personas, no hay razón por la que estos procesos de cambios sucesivos deban tener un final. Estas dificultades son bien conocidas¹⁶ y sólo las menciono aquí para recordarles lo poco que sabemos acerca de las condiciones bajo las cuales un equilibrio sería alguna vez alcanzado. Pero no propongo seguir esta línea más allá, no porque a la cuestión de la probabilidad empírica de que las personas aprenden (esto es, que sus datos subjetivos tenderían a corresponder entre sí y con los hechos objetivos) le falten problemas muy interesantes y sin responder. La razón es más bien que me parece que hay otro camino más fructífero para aproximarnos al problema central.

IX

Las cuestiones que acabo de discutir acerca de las condiciones bajo las cuales sea probable que las personas adquieran el conocimiento necesario y el proceso por el que ellos lo adquirirían, al menos ha recibido alguna atención en discusiones pasadas. Pero hay una cuestión más allá que pienso que es igualmente importante, pero que parece no haber recibido atención alguna y es cuánto conocimiento y qué tipo de conocimiento deben poseer los distintos individuos para que podamos hablar de equilibrio. Está claro que para que el concepto pueda tener alguna significación empírica no pue-

¹⁶ Acerca de todo esto cf. Kaldor, «*A Classificatory Note...*», *pássim*.

de presuponerse que todo el mundo conoce todo. Ya he tenido que utilizar el indefinido término de «conocimiento relevante», esto es, el conocimiento que es relevante a una persona en particular. Pero ¿qué es este conocimiento relevante? Difícilmente puede significar simplemente el conocimiento que de hecho influyó sus acciones, porque sus decisiones podrían haber sido distintas no sólo si, por ejemplo, el conocimiento que poseía hubiese estado correcto en vez de incorrecto, sino también de haber poseído un conocimiento pleno acerca de distintos campos.

Claramente aquí hay un problema de *División del Conocimiento*¹⁷ el cual es bastante análogo, y tan importante como, el problema de división del trabajo. Pero mientras que este último ha sido una de las principales materias de estudio desde el principio de nuestra ciencia, el primero ha sido completamente descuidado, a pesar de que me parece que es el verdadero problema central de la economía como una ciencia social.¹⁸ El problema que pretendemos resolver es: cómo la interacción espontánea de un conjunto de personas, cada una poseyendo sólo pedacitos (*bits*) de conocimiento, produce un estado de cosas en el que los precios corresponden a los costes, etc.; y qué podría surgir a partir de la dirección deliberada sólo de alguien que tuviese la combinación del conocimiento de todos aquellos individuos. La experiencia nos muestra que algo de esto sucede, ya que la observación empírica de que los precios tienden a corresponder a los costes fue el comienzo de nuestra ciencia. Pero en nuestro análisis, en vez de mostrar qué pedacitos de informa-

¹⁷ Cf. L. v. Mises *Gemeinwirtschaft* (2da. Ed.; Jena, 1932), pág. 96: «Die Verteilung der Verfügungsgewalt über die wirtschaftlichen Güter der arbeitsteilig wirtschaftenden Sozialwirtschaft auf viele Individuen bewirkt eine Art geistiger Arbeitsteilung, ohne die Produktionsrechnung und Wirtschaft nicht möglich wären». NdelT: En la traducción al castellano («Socialismo», Nueva York, Western Books Foundation): «La repartición, entre numerosos individuos, de la facultad de disponer de los bienes económicos en la sociedad que se funda en la división del trabajo, realiza una especie de división del trabajo intelectual, sin la que sería imposible el cálculo de la producción y de la economía». Esta nota sólo fue incluida en [b].

¹⁸ No estoy seguro, pero espero, que la distinción entre la Lógica Pura de la Elección y la economía como una ciencia social es esencialmente la misma distinción que el Profesor A. Ammon tiene en mente cuando enfatiza una y otra vez que «*Theorie des Wirtschaftens*» no es aún una «*Theorie der Volkswirtschaft*». NdelT: «Teoría de la actividad económica» y «Teoría de la economía», respectivamente. Esta nota sólo fue incluida en [a].

ción deben poseer las distintas personas para poder producir ese resultado, caemos en el supuesto de que todo el mundo conoce todo y por lo tanto evadimos cualquier solución real al problema.

Sin embargo, antes de poder proceder más allá en considerar esta división del conocimiento entre distintas personas, es necesario ser más específicos acerca del tipo de conocimiento que es relevante en esta conexión. Se ha vuelto costumbre entre los economistas recalcar sólo la necesidad de conocer los precios, aparentemente porque —como consecuencia de las confusiones entre datos objetivos y subjetivos— se da por sentado el conocimiento total de los hechos objetivos. En tiempos recientes incluso el conocimiento de los precios actuales se ha dado tanto por sentado que la única conexión en que la cuestión del conocimiento se consideraba problemática era en la anticipación de precios futuros. Pero, como ya he indicado al principio, las expectativas de precios e incluso el conocimiento de los precios actuales son sólo una muy pequeña sección del problema del conocimiento como yo lo veo. El aspecto más amplio del problema del conocimiento que me preocupa es el conocimiento del hecho básico de cómo las distintas mercancías pueden ser obtenidas y utilizadas,¹⁹ y bajo qué condiciones son realmente obtenidas y usadas, esto es, la pregunta general de por qué los datos subjetivos de las diferentes personas corresponden a los hechos objetivos. Nuestro problema del conocimiento aquí es precisamente la existencia de esta correspondencia, la cual en mucho del análisis del equilibrio actual simplemente se asume que existe, pero que debemos explicar si queremos mostrar por qué las proposiciones, que son necesariamente ciertas acerca de la actitud de una persona hacia las cosas que él cree que tienen ciertas propiedades, vengán a ser ciertas para las acciones de una sociedad con respecto

¹⁹ El conocimiento en este sentido es más de lo que usualmente se describe como habilidad y la división del conocimiento de la que hablamos aquí es más de lo que se trata en la división del trabajo. Para ponerlo brevemente, «habilidad» se refiere sólo al conocimiento del que una persona hace uso en su oficio, mientras que este conocimiento, acerca del que debemos saber algo para poder ser capaces de decir algo acerca de los procesos en la sociedad, es el conocimiento de las posibilidades de acción alternativas de las que no se hace un uso directo. Puede añadirse aquí que el conocimiento, en el sentido en que usamos aquí el término, es idéntico a la predicción sólo en el sentido en que todo conocimiento es capacidad de predecir.

a las cosas que o bien poseen realmente estas propiedades o que, por alguna razón que tenemos que explicar, es creído comúnmente por los miembros de la sociedad que poseen estas propiedades.²⁰

Volviendo al problema especial que he estado discutiendo, la cantidad de conocimiento que los diferentes individuos deben poseer para que el equilibrio pueda prevalecer (o el conocimiento «relevante» que deben poseer), deberíamos acercarnos a una respuesta si recordamos cómo se hace evidente que el equilibrio no existe o que está siendo perturbado. Hemos visto que las conexiones del equilibrio se romperán si cualquier persona cambia sus planes, bien sea porque cambian sus preferencias (que no nos concierne aquí) o porque nuevos hechos le son conocidos. Pero hay evidentemente dos formas distintas en las que él puede aprender nuevos hechos que le hagan cambiar sus planes, las cuales para nuestros propósitos tienen significados totalmente diferentes. Él puede percatarse de los nuevos hechos como si fuese por accidente, esto es de una forma que no sea necesariamente una consecuencia del intento de ejecutar su plan original, o puede que sea inevitable que en el curso de su intento encuentre que los hechos son distintos a los que esperaba. Es obvio que, para que pueda proceder de acuerdo a su plan, su conocimiento debe ser correcto sólo en los puntos en los que será necesariamente confirmado o corregido en el curso de la ejecución del plan. Pero podría no tener conocimiento de cosas que, si lo hubiera tenido, ciertamente habría afectado a su plan.

²⁰ Que todas las proposiciones de teoría económica se refieren a cosas que son definidas en términos de actitudes humanas hacia ellas, esto es, que por ejemplo el «azúcar» acerca de la cual la teoría económica ocasionalmente habla, no está definida por sus cualidades «objetivas», sino por el hecho de que las personas creen que servirá a ciertas necesidades de una cierta forma, es la fuente de todo tipo de dificultades y confusiones, particularmente en conexión con el problema de la «verificación». Es por supuesto también en esta conexión que el contraste entre la ciencia social de la *verstehende* y el enfoque conductista se hace tan evidente. No estoy seguro de que los conductistas en las ciencias sociales estén lo suficientemente conscientes de *cuánto* del enfoque tradicional tendrían que abandonar si quisieran ser consistentes, o de que quisieran adherirse a ello consistentemente si fueran conscientes. Implicaría, por ejemplo, que las proposiciones de la teoría monetaria tendrían que referirse exclusivamente a, digamos, «discos redondos de metal con un cierto sello» o algún objeto o grupo de objetos similarmente definidos.

La conclusión pues que debemos sacar es que el conocimiento relevante que debe poseer para que el equilibrio pueda prevalecer es el conocimiento que está destinado a adquirir en vista de la posición en la que originalmente está y los planes que entonces hace. Ciertamente no es todo el conocimiento que, si él adquiriese por accidente, le sería útil y lo llevaría a un cambio de su plan. Y por lo tanto podríamos tener muy bien una posición de equilibrio sólo porque algunas personas no tienen oportunidad de aprender nuevos hechos los cuales, si los conociesen, les inducirían a cambiar sus planes. O en otras palabras, es sólo en relación con el conocimiento que una persona está obligada a adquirir en el transcurso de la ejecución de su plan original y de sus sucesivas alteraciones que es probable alcanzar un equilibrio.

Mientras que esta posición representa en un sentido una posición de equilibrio, es sin embargo claro que no lo es en el sentido especial en el que se consideraría al equilibrio como un tipo de posición óptima. Para que los resultados de la combinación de pedacitos individuales de conocimiento sean comparables a los resultados de una dirección de un dictador omnisciente, aparentemente deben ser introducidas condiciones adicionales.²¹ Y mientras parece bastante claro que es posible definir la cantidad de conocimiento que los individuos deben poseer para que se obtenga este resultado, no conozco ningún intento real en esta dirección. Una condición probablemente sería que cada uso alternativo de cualquier tipo de recurso sea conocido por el dueño de alguno de esos recursos que esté siendo usado para otro propósito y que de esta forma todos los diferentes usos de estos recursos estén conectados, bien sea directa o indirectamente.²² Pero menciono esta condición

²¹ Estas condiciones son usualmente descritas como ausencia de «fricciones». En un artículo publicado recientemente («*Quantity of Capital and the Rate of Interest*». *Journal of Political Economy*, 44, Nro.5 (1936), p.638) el Profesor F. H. Knight correctamente señala que «el "error" es el significado usual de fricción en las discusiones económicas».

²² Esta sería una condición, aunque probablemente no una suficiente, para asegurar que, con un estado dado de demanda, la productividad marginal de los diferentes factores de producción en sus diferentes usos deberían igualarse y que en este sentido un equilibrio de la producción debería haber surgido. Que no sea necesario, como uno podría pensar, que todos los posibles usos alternativos de cualquier tipo de recursos deban ser conocidos para al menos uno de los dueños de cada grupo de dichos recur-

sólo como un ejemplo de cómo en la mayoría de los casos será suficiente que en cada campo sea un cierto margen de personas que entre ellos posean todo el conocimiento relevante. Elaborar esto en profundidad sería una tarea interesante y muy importante, pero excedería demasiado los límites de este ensayo.

A pesar de que lo que he dicho acerca de este punto ha sido mayormente en forma de crítica, no quiero parecer indebidamente abatido acerca de lo que ya hemos logrado en este campo. Incluso si nos hemos saltado un eslabón esencial en nuestro argumento, todavía creo que por lo que es implícito en su razonamiento, la economía ha llegado más lejos que cualquier otra ciencia social a responder la pregunta central de todas las ciencias sociales: Cómo la combinación de fragmentos de conocimiento existentes en diferentes mentes puede producir resultados que, si se quisiera que fuesen producidos deliberadamente, requeriría un conocimiento de parte de la mente directora que ninguna persona individual podría poseer. Para demostrar que en este sentido la acción espontánea de los individuos, bajo ciertas condiciones que podemos definir, producirán una distribución de recursos que podría ser entendida como si hubiese sido hecha de acuerdo a un plan único, a pesar de que nadie lo haya planificado, me parece en efecto una respuesta al problema que ha sido descrito metafóricamente como el de la «mente social». Pero no debe sorprendernos que dichas pretensiones de nuestra parte sean usualmente rechazadas por los sociólogos, ya que no las hemos basado en los pilares correctos.

sos que son usados para un propósito particular, se debe al hecho de que las alternativas conocidas por los dueños de los recursos en un uso particular son reflejados en los precios de estos recursos. De esta forma puede ser una distribución de conocimiento suficiente de los usos alternativos, $m, n, o, \dots y, z$, de una mercancía, si A quien usa la cantidad de estos recursos poseídos por él para m , conoce de n ; y si B, quien usa los suyos para n , conoce de m ; mientras que C quien usa los suyos para o , conoce de n , etc.; hasta que lleguemos a L, quien usa los suyos para z , pero que sólo conoce y . No estoy claro en qué medida, adicionalmente a esto, sea requerida una distribución particular del conocimiento de las diferentes proporciones cuando distintos factores puedan ser combinados en la producción de una mercancía cualquiera. Para un completo equilibrio se requerirán supuestos adicionales acerca del conocimiento que poseen los consumidores sobre la capacidad de prestación de servicios de las mercancías para la satisfacción de sus deseos.

Sólo hay un punto más en esta conexión que quisiera mencionar. Este es que, si la tendencia hacia el equilibrio, que tenemos razones para creer que existe con bases empíricas, es sólo hacia un equilibrio relativo a ese conocimiento que las personas adquirirán en el curso de su actividad económica y que si otro cambio del conocimiento debe ser considerado como un “cambio en los datos” en el sentido usual de la expresión, que cae fuera de la esfera del análisis del equilibrio, esto significaría que el análisis del equilibrio realmente no nos dice nada acerca del significado de dichos cambios en el conocimiento; e iría lejos en explicar por qué el análisis puro parece tener tan extraordinariamente poco que decir acerca de las instituciones, como la prensa, cuyo propósito es comunicar conocimiento. Y podría incluso explicar por qué la preocupación con el análisis puro crearía tan frecuentemente una peculiar ceguera sobre el rol que juegan en la vida real instituciones tales como la publicidad.

X

Con estas observaciones más bien inconexas sobre temas que merecerían un examen mucho más cuidadoso, debo concluir mi inspección de estos problemas. Sólo hay uno o dos comentarios adicionales que quisiera añadir.

Primero es que, al recalcar que la naturaleza de las proposiciones empíricas de las que tenemos que hacer uso si el aparato formal del análisis del equilibrio nos va a servir para una explicación del mundo real y que al enfatizar que las proposiciones acerca de cómo las personas aprenderán, que son relevantes en esta conexión, son de una naturaleza fundamentalmente distinta de aquella del análisis formal, no pretendo sugerir que se abre aquí, ni cómo, una amplio campo para la investigación empírica. Dudo bastante si dicha investigación nos enseñaría algo nuevo. El punto importante es más bien que deberíamos aclararnos acerca de cuáles son las cuestiones de hecho de las que depende la aplicabilidad de nuestro argumento en el mundo real, o, para poner lo mismo en otras palabras, en qué punto nuestro argumento, cuando es aplicado a los fenómenos del mundo real, se convierte en objeto de verificación.

El segundo punto es que por supuesto no quiero sugerir que el tipo de problemas que he estado discutiendo fuera ajeno a los argumentos de los economistas de las generaciones más viejas. La única objeción que puede hacerse en contra de ellos es que han mezclado tanto los dos tipos de proposiciones, las *a priori* y las empíricas, de las que cualquier economista realista hace uso constante, que frecuentemente es imposible ver qué tipo de validez claman para un enunciado particular. Trabajos más recientes han estado más libres de esta falla —pero sólo al precio de dejar más y más oscuro el tipo de relevancia que tienen sus argumentos para los fenómenos del mundo real. Todo lo que he tratado de hacer ha sido encontrar el camino de vuelta al significado de sentido común de nuestro análisis, el cual, me temo, somos propensos a perder de vista al volverse más elaborados nuestros análisis. Podrán incluso creer que mucho de lo que he dicho ha sido un lugar común. Pero de tiempo en tiempo es probablemente necesario separarse de los tecnicismos del argumento y preguntarse bastante ingenuamente de qué es que se trata todo. Si tan solo he mostrado que en algunos aspectos la respuesta a esta pregunta no sólo no es obvia, sino que algunas veces ni siquiera sabemos cuál es, entonces he logrado mi propósito.